

Prólogo

Carlos E. Sluzki

El rótulo “terapia sistémica”, que incluye retrospectivamente áreas que fueron y tal vez siguen siendo llamadas “terapia familiar”, “terapia de pareja”, “enfoques psicoeducativos”, “terapias breves” y probablemente otros nombres más, denota un territorio multifacético con una historia de corta data –no más de 60 años– y una evolución extraordinaria. La difícil tarea de trazar un mapa de ese territorio, que ha llevado a cabo con éxito Alicia Moreno Fernández en este Manual, para el que ha convocado a un vasto y sólido grupo de colaboradores, ha requerido explorar múltiples puntos de vista, énfasis y modelos, dar cuenta de múltiples desarrollos, reverenciar algunos de quienes contribuyeron a darle substancia, y esbozar derroteros que se vislumbran para el futuro.

Ya que no ocurrió hace tanto tiempo (cosa que reduce un tanto las distorsiones históricas), cabe preguntarse, ¿cuáles fueron las semillas que germinaron en lo que acabó siendo el vasto campo de la terapia sistémica? Antes de que esa actividad fuera rotulada como tal, y aun como “terapia familiar”, había, de hecho, en varias partes del mundo, un buen número de operadores en el campo de la salud mental –psiquiatras, psicólogos, trabajadores sociales– que convocaban

cada tanto a las familias de los pacientes que trataban, o que hacían sesiones conjuntas con parejas en conflicto. Con todo, esa actividad, considerada casi subversiva, o al menos secundaria a la actividad terapéutica individual, era rotulada como “entrevistas familiares” o bien como “apoyo a la familia”.

La cosa cambió en los años 50, cuando las fronteras de las ciencias del comportamiento entraron en ebullición y se permeabilizaron, iluminadas por el nacimiento de la cibernética y de la teoría general de los sistemas, la teoría de la información, la teoría de la comunicación y, desde Europa, la semiología y los modelos estructurales. Estimulados por ese entorno conceptual y por un optimismo creativo de la postguerra, preñado de un espíritu de exploración y de cambio, en los Estados Unidos se fundaron dos centros en los que el foco de atención clínico se desplazaba del individuo a la familia, y, aún más, rotulaban a lo que ofrecían como “terapia familiar.” A través de la magia del nombrar, la terapia familiar vio así la luz.

Uno de los dos bastiones de origen del campo fue *The Family Institute*, fundado y dirigido en Nueva York por el psicoanalista iconoclasta Nathan Ackerman, quien, utilizando originariamente una óptica psicodinámica combinada con múltiples intervenciones de acción, se rodeó de un grupo de discípulos quienes a su vez adquirieron renombre con los años, incluyendo Donald Bloch, Peggy Papp, Peggy Penn y Olga Silverstein, entre otros.

El otro lugar fue el *Mental Research Institute*, fundado en Palo Alto, California por el psiquiatra sullivaniano Don D. Jackson, al que se unieron otros investigadores del equipo original del antropólogo Gregory Bateson, a saber, Jay Haley y John Weakland, así como Virginia Satir y al poco tiempo Paul Watzlawick, Janet Beavin, Antonio Ferreira y otros, utilizando óptica y lenguaje derivado de la cibernética y la teoría de la comunicación, y contribuyendo de manera substancial al desarrollo de terapias estratégicas y breves y una multitud de investigaciones clínicas novedosas.

Casi al mismo tiempo en que se gestaban esas instituciones, esta nueva perspectiva apareció reflejada también en el campo de la investigación clínica, con proyectos centrados en la familia de sujetos con

trastornos psiquiátricos severos llevados a cabo en el Instituto Nacional de la Salud Mental de los Estados Unidos (*NIMH*) por Lyman C. Wynne y Margaret Singer y por Murray Bowen, y en otros centros académicos y clínicos por Salvador Minuchin, Carl Whittaker, Theodor Lidz y Sepsen Fleck, y luego Nathan Epstein e Israel Zweling, en sus comienzos con poca conexión entre sí salvo el foco en común, la familia. La productividad de los dos centros mencionados más arriba fue revolucionaria, y el diálogo que se estableció entre ambos, y luego entre éstos y los diferentes investigadores sobre familia *creó el campo de la terapia familiar*, con una verdadera eclosión de diálogos entre clínicos e investigadores y entre representantes de modelos, cristalizado con la producción conjunta en 1962 de la primera revista especializada en el tema, *Family Process*.

Una visita al primer volumen de esa revista permite documentar la raíz interdisciplinaria de la terapia familiar, con contribuciones de psiquiatras (entre los cuales están Nathan Ackerman, Ivan Boszormenyi-Nagy, William Fry, Ross Speck... y Milton Erickson), psicólogos (incluyendo a Paul Watzlawick, James Framo y Robert McGregor), antropólogos (Ray Birdwhistell), sociólogos (Norman Bell, Ruben Hill) y, por cierto, iconoclastas sin credenciales académicas tales como Jay Haley –para entonces editor de la revista– y John H. Weakland. Y eso fue sólo el comienzo.

La unidad de análisis del campo fue *la familia y la pareja*, su dinámica, su estructura, sus procesos, sus peculiaridades, sus secretos, sus mitos, su historia. Los modelos derivados en diferentes centros clínicos usaban diversos apelativos agregados, tales como “interaccional”, “psicodinámica”, “estructural”, y de hecho las premisas de las actividades terapéuticas eran distintas –si bien los procesos lo eran menos (es decir, los clínicos hacían cosas bastante parecidas, si bien subrayaban aquellos rasgos que consideraban idiosincráticos con distinto nombre, creando escuelas e identidades).

El campo de la terapia familiar creció inusitadamente con nuevas ideas y creciente popularidad –producto en parte de la insatisfacción de los resultados de terapias tradicionales así como de la rapidez con que se podían generar ciertos cambios con intervenciones familiares

y, a otro nivel, por la apertura que ofrecía de nuevas formaciones y prácticas conceptualmente novedosas. Para entonces la práctica de la terapia familiar se había difundido a Europa (iniciada en Italia por Murizio Andolfi y en Alemania por Helm Stierlin), América Latina (con contribuciones tempranas de Alfredo Canevaro y mías) y Sudáfrica (con los aportes originarios de Judith Landau) y algunos otros puntos del globo, y estaban apareciendo revistas especializadas en muchas lenguas.

Si bien la producción de artículos profesionales incluía algunos específicamente centrados en técnicas terapéuticas –es decir, en lo que el terapeuta hacía o debía hacer– le cupo el honor de catalizar un nuevo salto epistemológico en el campo al equipo pionero de Mara Selvini Palazzoli y sus colegas Luigi Boscolo, Gianfranco Cecchin y Giuliana Prata, quienes, a partir de un artículo revolucionario de 1980, centraron toda su atención en los *procesos del equipo terapéutico*, además de (y a veces en lugar de) los procesos de la familia. Ese énfasis se replicó en trabajos de muchos otros autores, y se entrelazó con los comienzos de la incorporación del construccionismo social en nuestra disciplina.

Un tercer salto tuvo lugar cuando el campo de observación se expandió aún más, para incluir como objeto de estudio al *conjunto familia-equipo terapéutico* como sistema interactivo –véanse, por ejemplo, las contribuciones de Tom Andersen acerca del equipo reflexivo– así como la *red social personal*, incluyendo a la familia y otras relaciones significativas del entorno social, con aportes de Mony Elkaim, Evan Imber-Black y míos, entre otros.

Y un cuarto salto tuvo lugar cuando, también apoyado en los desarrollos del construccionismo social, se transfirió el acento conceptual y clínico a los *procesos narrativos* que sostienen a las identidades, las historias, y los conflictos (así como las soluciones) de quienes consultan.

Toda esa masa de modelos y prácticas, esa multiplicidad de énfasis, de estilos de conducción de la sesión, de observables a tener en cuenta, y de lenguajes específicos, acabó cobijada bajo el rótulo de Terapias Sistémicas. “Sistémicas” se ha transformado, creo, razona-

blemente, en señal de una suerte de meta-epistemología, un conjunto de presuposiciones o lentes que permiten la lectura no excluyente de una variedad de énfasis y dimensiones clínicas en nuestro campo. De hecho, en muchos casos el rótulo “Familiar” está siendo reemplazado por “Sistémica” para indicar esta vocación post-moderna inclusiva. Pero no se confunda el lector, en la práctica los dos vocablos operan como sinónimos, y ambos son abarcativos.

Alicia Moreno Fernández ha emprendido con entusiasmo la empresa titánica de ofrecer un panorama acabado de una disciplina aún en evolución y esencialmente multifacética como lo es la terapia familiar. Le ha requerido –y ha requerido de sus colaboradores– la tarea juiciosa de condensar a la vez que establecer conexiones, diferenciar a la vez que señalar similitudes, franquear barreras a veces artificiales sin violar soberanías, evitar ofrecernos un diccionario sin esqueleto más que el alfabético o el cronológico pero cuidando de no dejar fuera áreas conceptuales relevantes, y en tanto compiladora, ha logrado un resultado armónico a partir de la colaboración de tantos colegas que, como no podría ser de otra manera, tienen estilos y preferencias diferentes.

Un cuento famoso de Jorge Luis Borges, *Funes el memorioso*, nos presenta un personaje central con una memoria absoluta, con el único problema de que recordar un evento le requiere el mismo tiempo que el que ocupó el evento que está recordando. Alicia y sus colaboradores han logrado evitar esa trampa: cada capítulo tiende a ser una síntesis conceptual que no requiere una retahíla interminable que incluye a todos aquellos que han contribuido a ese tema, lo que lo diferencia de un mamotreto académico donde cada otro párrafo es una referencia y una reverencia, sino una revisión saludable de ideas. A su vez, el lector debe evitar caer en la trampa –en la que caigo yo a veces– de esperar que cada capítulo sea, y me inspiro aquí en otro cuento corto de Borges, un Aleph, “esfera cósmica en la que confluyen simultáneamente todos los tiempos y todos los espacios”. Cada capítulo es una rica pasada por el tema (y una segunda lectura del capítulo deja nuevos sedimentos), y a la vez cada capítulo, cada componente del campo de la terapia familiar, está en evolución (y la evo-

lución opera no sólo en espirales hacia el futuro, sino con frecuencia con espirales que circulan entre pasado, presente y futuro, revisitando, iluminando y rescatando el pasado para después re-proyectarlo enriquecido hacia el futuro).

Y hablando acerca del futuro, la espiral de este manual casi enciclopédico se acompaña ya con el anuncio de la continuación de este proyecto a través de un segundo libro –igualmente guiado por la mano y la mente diestra de Alicia Moreno Fernández. Gozando de la lectura de este volumen, nos quedaremos, así, a la dulce espera del siguiente... como en todo buen proceso evolutivo.

*Carlos E. Sluzki,
Washington, D.C. 2014*